

DIOS CRUCIFICADO. UNA SÍNTESES CON CONSECUENCIAS

Manuel Alfonso Pérez Galán

La cruz puede pasar por necedad y escándalo. Ciertamente es una tontería para la gente inteligente: ¿qué valor puede haber en el fracaso, en la pérdida ignominiosa de la vida? Y también es cierto que es un escándalo para la gente religiosa: ¿cómo puede manifestarse la grandeza de Dios en «*ecce homo*», una piltrafa humana, en un abandonado de los hombres y hasta de Dios? ¿Cuál es el sentido de esta extraña sabiduría y de esta extraña fuerza de Dios que, según san Pablo, se manifiestan en la cruz? (1 Co 1,23-25).

No cabe duda que las más de las veces los creyentes no hemos contribuido a esta manifestación de la sabiduría y fuerza de Dios en la cruz, sino todo lo contrario. Incluso hemos convertido la cruz en un adorno para llevar al cuello¹, un broche, un símbolo de dignidad en los eclesiásticos y, también, en distinción honorífica por méritos religiosos, civiles o militares — la gran cruz de... — . De ahí que sea importante comenzar por lo que no es el sentido de la cruz.

1.- EL SIN SENTIDO DE LA CRUZ

Dos son los motivos históricos del asesinato de Jesús: los religiosos y los políticos; lo condenaron por blasfemo y lo ajusticiaron como rebelde político. Ambos motivos se fundamentaban en la idea de Dios y del Reino de Dios que predicaba Jesús.

Condenado por blasfemo

Veamos en primer lugar la acusación de blasfemo. Jesús ciertamente había presentado un Dios diferente al de la religión oficial de su tiempo. Aquellos profesionales de la religión habían querido encasillar a Dios, encerrándolo en el templo, en sus leyes cuadradas y minuciosas, en sus ritos y en sus fiestas. Así se imaginaban a Dios bajo su poder. Pretendían inmovilizar al que es la misma vida: que no debía trabajar en sábado. Tenía que desprestigiar y castigar a los que no conocían la ley; debería contentarse con los sacrificios de animales y el incienso que ellos le ofrecían. Tenía que mirarlos a ellos como justos y a los que no eran como ellos como pecadores.

Jesús, en cambio, suscita una verdadera revolución en torno al concepto de Dios. Su Dios es distinto, imprevisible, desconcertante. No sabes de donde viene, ni a dónde va. Según el Dios de Jesús, los que parecían buenos no lo son, y es que la lógica divina es diferente de la humana; los que parecían malos, son bendecidos. La pecadora que se arroja a los pies de Jesús queda justificada, mientras que el fariseo, dueño de la casa, queda desacreditado (Lc 7,36-50). No condena a la mujer adúltera, pero los presentes acusadores huyen avergonzados (Jn 8,1-11). Los despreciados publicanos y prostitutas son puestos por delante de los piadosos fariseos (Mt 21,31). No se nos pone como ejemplo al sacerdote ni al levita, sino al samaritano, siempre mal visto por los judíos (Lc 10,30-37). La alegría de los ángeles es mayor por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc 15,7). Así el hijo pródigo, que se va de la casa y malgasta la herencia, es

¹ Cf. MENAPACE, M., *Un cuento*, en *El Paso y la espera*, Sígueme, Salamanca 1994⁵, 73-8.

preferido al «bueno» (Lc 15,12-32). El fariseo sale del templo sin justificarse, mientras que el publicano es bien visto por Dios (Lc 18,10-14). La viuda pobre agrada más a Dios con sus centavos, que los ricos que dan para el templo grandes sumas de dinero (Lc 21,1-4).

En definitiva, Jesús rechaza a los fariseos, a los observantes (Lc 11,39-54), mientras se hace amigo de los pecadores, de los despreciados, de los enfermos. Es que lleva dentro a un Dios desconcertante², muy distinto del Dios cuadrículado en el que creen los piadosos de la época.

Jesús desenmascaró el sometimiento del hombre en nombre de Dios; la manipulación del misterio de Dios con base en tradiciones humanas; la hipocresía religiosa, que consiste en considerar el misterio de Dios como alivio para desoír las exigencias de justicia³.

Jesús les presentaba al Dios que se acerca en gracia; al Dios que se da porque es amor, porque él así lo quiere, gratuitamente. Los fariseos, en cambio, pensaban que Dios se les entregaba como justa recompensa por sus buenas obras.

Según Jesús, el lugar privilegiado para acercarse a Dios no es el culto, ni la ciencia, ni siquiera sólo la oración, sino el servicio al necesitado. Los fariseos, en cambio, despreciaban a los pobres en nombre de Dios, justamente porque no sabían ni podían darle culto según sus leyes minuciosas y exigentes.

La solidaridad de Jesús con los «impuros», que según los fariseos eran todos los pobres, era algo que la piedad oficial no podía tolerar: iba contra la ley...

Por ello parece que Jesús llegó a la conclusión de que escribas y fariseos, con todas sus teorías, no tenían ni idea de quién es Dios. El les dice: *«Es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís: "El es nuestro Dios", y sin embargo no le conocéis, yo sí que le conozco»* (Jn 8,54-55). *«Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su palabra en vosotros, porque no creéis al que El ha enviado»* (Jn 5,37-38).

Esta diferencia radical de ideas sobre Dios lleva a los judíos a decidir matar a Jesús: *«No te apedreamos por nada bueno, sino por una blasfemia; porque tú, siendo un hombre, te haces Dios»* (Jn 10,33). Jesús fue mirado como blasfemo porque su concepción de Dios no sólo era distinta a la de los judíos, sino completamente opuesta. Lo que Jesús decía de Dios ofendía la sensibilidad religiosa de los fariseos.

Jesús es condenado por blasfemo (Mt 26,65-66), porque en vez de decirnos que miremos al cielo para descubrir a Dios, nos muestra a Dios en medio de los hombres, en la vida diaria y profana. En la vida de los hombres es donde se proyecta el amor de Dios. Pero los fariseos rechazan esa presencia de Dios; ellos creen que Jesús blasfema de «su» Dios (Mt 9,3) y se sienten en la obligación de acallarlo.

El conflicto de Jesús con los representantes de la religión judía era, pues, muy profundo⁴. Ello lo llevó a la cruz. Pero la cruz como la consecuencia de la concepción de Dios que tenía Jesús mantendrá siempre en pie el problema de quién y cómo es el verdadero Dios. Es desde la cruz desde donde hay que preguntarse quién es el verdadero Dios, el de los fariseos o el de Jesús.

² Dios se escapa de las precomprensiones humanas que quieren encorsetarlo y controlarlo. El Dios de Jesús es un Dios de vida, de libertad, de amor.

³ En este sentido los poderes religiosos entendían correctamente que Jesús predicaba un Dios opuesto al suyo.

⁴ Cf. ELLACURÍA, I., *Por qué muere Jesús y por qué le matan*, en RELaT 125. Aparición original: «Misión Abierta» (marzo 1977) 17-26

Ajusticiado como rebelde político

Jesús fue ajusticiado como agitador político porque su concepción de Dios incluía por esencia el anuncio del Reino de Dios; por ello encontró necesariamente oposición y conflicto con el poder político.

Jesús constata la coexistencia entre opresores y oprimidos y afirma que esa situación no es querida por Dios, sino fruto de la libre voluntad de los hombres. Denuncia que si hay pobreza es porque los ricos no comparten sus riquezas; si hay ignorancia es porque los «maestros» se han llevado la llave de la ciencia; si hay opresión es porque los fariseos imponen cargas intolerables y los gobernantes actúan despóticamente. Jesús ataca duramente estas situaciones injustas como fruto de la unión de egoísmos personales. Y combate muy especialmente la hipocresía que pretende justificar el poder opresor en nombre del poder de Dios.

Jesús manifiesta una diferente concepción de Dios como poder. Su poder, el del amor realista metido en situaciones concretas, y en este sentido amor «político» y no idealista. Fue crucificado porque estaba socavando las bases de la concepción política de los dominadores de su sociedad y del imperio romano. Según Jesús el poder está en la verdad y en el amor; por ello destruye el esquema amigo-enemigo, y no llama a la venganza sino al perdón; incluso al amor al enemigo.

La concepción del poder que tenía Jesús se diferenciaba también de la de los zelotes. Jesús comparte con ellos la necesidad de la instauración del Reino de Dios; pero se diferencia en la concepción de Dios, que no es sólo poder, sino amor que se manifiesta en la debilidad. Dios se acerca gratuitamente y no con violencia, como pretendían los zelotes.

Jesús presenta la divinidad como amor. Pero el amor se desarrolla enfrentándose necesariamente con el poder opresor. Por eso el amor de Jesús no es idealista ni ilusorio.

El amor universal de Jesús se manifiesta de diversas formas según la situación. Su amor hacia los oprimidos se manifiesta estando con ellos, dándoles lo que les pueda devolver su dignidad y les pueda humanizar. Su amor hacia el opresor se manifiesta estando contra su comportamiento, intentando quitarles lo que les deshumaniza. Pero en ambos casos su interés es renovador, recreador de hombres nuevos. Y esa concepción del amor le llevó necesariamente a la cruz.

No se puede comprender la cruz de Jesús sin tener presente este camino que le llevó a la cruz: su lucha contra las falsas divinidades del poder. Además, si la cruz es la consecuencia de la fe de Jesús y su amor histórico, la espiritualidad cristiana no puede reducirse a un sufrir por sufrir, sino que consiste en el seguimiento del camino de Jesús, que tiene como consecuencia la cruz. Si no se recorre el camino de Jesús, la cruz de la vida no es necesariamente cristiana.

La cruz, pago de una deuda

Entender la cruz como pago de una deuda es algo todavía bastante corriente entre los cristianos. La razón de la muerte de Cristo habría que buscarla entonces en el deseo de Dios de encontrar una satisfacción a la ofensa que el hombre le habría hecho por el pecado. Dado que la ofensa era infinita⁵, era necesaria, por tanto, una reparación infinita. Como el hombre finito no puede reparar dicha deuda infinita, Dios envió a su Hijo (el valor del Hijo es infinito), para que mediante su muerte pagara él en lugar de los pecadores y quedara así satisfecha la justicia divina. En suma, ¡el Dios irritado se aplaca con el sufrimiento del Hijo!

⁵ Pues la gravedad de la ofensa no se mide por el que la hace, sino por el ofendido, por el que la sufre.

Pero Dios no quiere sacrificios ni holocaustos. Fueron los hombres los que crucificaron a Jesús, hombres a quienes molestaba su actuación y su predicación. Jesús no fue condenado por tener pretensiones divinas, ni porque fuera débil humanamente, sino por la fuerza con que tomó partido en favor del hombre. Su forma de ser obligó a los poderosos a mostrar su opresión. La mención de Poncio Pilato en el Credo expresa que aquella muerte tuvo que ver con intereses político-religiosos que se tambaleaban ante su presencia. De ahí la palabra de Jesús: dichoso el que no se escandaliza de mí. Así, esta cruz nos plantea una pregunta: ¿qué tipo de vida fue la de aquel que pasó haciendo el bien para que se granjease unos enemigos tales que trataban de quitarle la vida?.

Los que le quitaron de en medio no dudaron en recurrir a la mentira y a la contradicción: no podemos matar a nadie (Jn 18, 31), argumentan los judíos ante Pilato, para añadir en cuanto comprueban que el gobernador no se decide a condenarlo: según nuesetra ley debe morir (Jn 19,7); y los que esgrimen el argumento para que se cumpla tal ley, a saber, que Jesús blasfema (Jn 10, 33; Cf. Mt 26, 65), son los que profieren la mayor de las blasfemias que podría decir un judío: no tenemos más rey que al Cesar (Jn 19, 15)⁶. Los hipócritas, como el hijo mayor de la parábola, en el momento en que se justifican se descalifican a sí mismos: jamás he desobedecido una orden tuya, dice en el momento en que se niega a cumplir la voluntad del Padre que le pide que entre en la casa (Cf. Lc 15,28-29).

La cruz no es, por tanto, el autopago de una deuda debida por los hombres a Dios, sino la manifestación extrema del pecado del mundo, que rechaza al Hijo (Cf. Jn 16, 9) y, en consecuencia, rechaza el amor de Dios.

La cruz que no afecta a la divinidad

Por mucho tiempo, siguiendo los principios de la filosofía griega, casi todos los cristianos han creído que Dios no puede sufrir. La divinidad, según ellos, no puede padecer; si sufriera no sería Dios.

Pero en la Biblia se presenta Dios de una manera muy diferente. El núcleo del mensaje cristiano es la pasión y muerte de Jesús, y sabemos por la fe que el Crucificado es Dios. Además, el sacrificio del Hijo de Dios por la reconciliación del mundo se renueva cada día en la Eucaristía. La conmemoración de la pasión-muerte-resurrección de Cristo por la palabra y sacramento ha alimentado siempre la fe cristiana en Dios.

Pero, ¿de qué modo Dios está comprometido en la historia de la pasión de Cristo? ¿Cómo es posible que la fe cristiana considere la pasión de Cristo como revelación de Dios, si la divinidad no puede padecer? ¿Dios hace sufrir al hombre Jesús por nosotros o es que Dios mismo sufre en Cristo por nosotros?

Si Dios fuera incapaz de padecer, la pasión de Jesús sería meramente una tragedia humana. Es más, el que sólo vea en la pasión el sufrimiento de un hombre, de un buen hombre, llamado Jesús, corre el peligro de considerar a Dios como un poder celestial frío, antipático y cruel. Ello sería destruir la fe cristiana.

Por eso muchos teólogos actuales se ven obligados a implicar a Dios en la pasión de Cristo y a descubrir esta pasión en el seno mismo de Dios. La misma piedad cristiana tradicional siempre ha adorado al Crucificado como Dios y ha hablado sin problemas de la «pasión de Dios».

⁶ Un judío no tenía más rey que a Dios.

Hagamos algunas distinciones. Dios ciertamente no puede sufrir al estilo humano. A él no le puede venir ningún sufrimiento inesperado, como fatalidad o castigo. El no está sujeto al dolor al modo de la criatura limitada y perecedera.

Pero esto no quiere decir que Dios no pueda padecer de ninguna manera. Si Dios fuera impasible en absoluto, seguramente sería incapaz de amar. Sería capaz de amarse a sí mismo, pero no a sus criaturas. Pero si Dios es capaz de amar a otros, está expuesto a los sufrimientos que le acarrearán este amor; aunque el mismo amor no le permite sucumbir al dolor. Dios no sufre, como la criatura, por faltarle algo. En ese sentido él es impasible. Dios padece por efecto de su amor, que es el desbordamiento de su ser. En este sentido Dios parece estar sujeto al sufrimiento.

Los judíos en el Antiguo Testamento se tomaron en serio el tema del sufrimiento divino. Dios es libre y no está sometido al destino. Pero, movido por el amor, se comprometió en una Alianza. El es «el Dios de los dioses» y al mismo tiempo es el Dios aliado del pequeño pueblo de Israel. Reina en el cielo y vive a la vez entre los seres inferiores y humillados. En la Alianza Dios se vuelve vulnerable: vive las experiencias de Israel, sus triunfos, sus pecados, sus sufrimientos. Su existencia y la historia del pueblo están estrechamente ligadas. Dios tiene una relación libre y llena de amor con sus criaturas.

Decir que Dios es amor es decir que es vulnerable. Dios ama y, por tanto, puede ser correspondido o puede ser rechazado. Y la historia muestra duramente la gran capacidad del hombre para rechazar el amor. Y esto no le es indiferente a Dios. El sufre por el rechazo del amor.

Sin embargo, el amor no quiere el sufrimiento. El amor quiere la felicidad del otro y sigue amándolo aunque él se niegue a amar. Asume su dolor porque lo ama y quiere compartirlo con él. Tal es el sufrimiento de Dios, fruto del amor y de su infinita capacidad de solidaridad⁷.

Que este sufrimiento afectaba a toda la persona de Jesús (a su única persona, que era divina) y no sólo a una parte de ella (como si en la persona pudieran distinguirse partes), lo confirma el II concilio de Constantinopla cuando dice que «*uno de la Trinidad*» sufrió la muerte de cruz y padeció⁸.

La «*kenosis*» de Cristo nos revela algo importante sobre Dios, a saber, que el Dios que se revela en la pasión de Jesucristo no está fuera de nuestro sufrimiento, sino que se sitúa dentro del mismo. Más aún, si el realismo de la encarnación se piensa seriamente, no podemos contentarnos con decir que el sufrimiento sólo concierne a la naturaleza humana de Jesús. La historia de este Hombre constituye la historia del Logos, y la historia del Logos forma parte de la historia de la Trinidad. Este dolor y sufrimiento que así descubrimos en Dios no derivaría de limitaciones o heridas. Sería la suprema expresión de su amor y solidaridad con el hombre, y encontraría en Jesús su verificación y manifestación más completa.

⁷ La otra cara del amor, de la dilectio, es el sufrimiento. Así podemos afirmar que amar es sufrir, que el otro se desarrolle y llegue a su realización plena. Aunque sufrir no siempre sea amar.

⁸ Lo interesante es que tal fórmula está dirigida contra los representantes de la escuela de Antioquía que sostenían que la impasibilidad y la inmortalidad eran propiedades de la naturaleza divina y deducían que el Hijo de Dios no podía sufrir; sólo podía el Hijo de María. El Concilio sostiene que la humanidad de Cristo unida hipostáticamente e inseparablemente al Verbo de Dios era el sujeto del sufrimiento y de la muerte (Cf. Dz 215, 216, 222).

2. PREGUNTAS ANTE LA CRUZ

¿La cruz o el Crucificado?

La muerte de Jesús nos sitúa ante un dilema: ¿con quién estamos, con el crucificado o con los que le crucifican? O dicho de otro modo: Jesús no va a la cruz, le llevan. De hecho, San Juan cuenta que cuando Jesús se dio cuenta de que las autoridades de los judíos iban a por él, porque su predicación les molestaba, se escondió: «*por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos*» (Jn 11,53-54). O sea, huyó, pasó a la clandestinidad. Así se explica lo que dice el versículo 57: «*los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que, si alguno sabía dónde estaba, lo notificara para detenerlo*».

En suma, son los hombres los que pretenden llevar a Jesús a la cruz. Sin duda, él se dio cuenta de que su predicación le enfrentaba con los poderes constituidos, al representar una crítica para ellos, y que eso podía conducirle a la muerte. Jesús afrontó esta posibilidad, pero no la buscó. Lo que él buscaba directamente era el cumplimiento de su misión y la realización del Reino. Las consecuencias más o menos nefastas que para su persona comportaba su actuación pasaban a un segundo plano. Para Jesús, el avance del Reino era más importante que lo que a él podía ocurrirle, y su confianza en Dios era más fuerte que la muerte. Así, desde el punto de vista de Jesús, la cruz fue la consecuencia de su vida, una vida de entrega sin reservarse nada. La cruz fue la respuesta del mundo al ofrecimiento salvífico de Jesús. Y desgraciadamente sigue siéndolo, pues todo el que quiera vivir como buen cristiano será perseguido (2 Tm 3, 12).

La pregunta que entonces se plantea es: ¿Estamos con la Cruz o con el crucificado? Estar con el Crucificado es estar contra las cruces. Ya san Pablo dijo que la cruz era una maldición: maldito el que cuelga de un madero. En la cruz del Nazareno no queda justificado el sufrimiento humano. Lo que allí aparece es el tremendo respeto de Dios por el hombre, aunque Dios no está de acuerdo con todo lo que los hombres hacemos. El sufrimiento quedó clavado en la Cruz para que nosotros no lo provoquemos más y para que, a la vista de este sufrimiento, nos convirtamos y tomemos partido: mirarán al que traspasaron (Jn 19, 37). Él es el punto de referencia que, al descubrir las intenciones de todos los corazones, se convierte en señal de contradicción (Cf. Lc 2,34-35), y hace que ante él sólo quepa la conversión o el rechazo. En la cruz se trata de un combate entre la verdad y la mentira, entre la injusticia de quien se aferra al poder y la bondad del que busca el bien del necesitado. Y en todo combate hay que tomar partido, hay que optar por uno o por otro.

¿Un Dios débil?

Esta cruz cuestiona a Dios, pues nos sitúa ante el mayor de los desastres: el Mesías, que debía traer la salvación, muere, sin defensa, en una cruz. Hombres libres, pero rebeldes, triunfan, y este Jesús Salvador no puede o no quiere salvarse a sí mismo, mientras su Dios se refugia en un completo silencio. Esta cruz nos plantea con todo dramatismo si es verdad que el bien tiene futuro y si Dios puede hacer algo para que el bien triunfe en este mundo.

A la vista de esta cruz, algunos hablan de la impotencia o debilidad de Dios. Es preferible hablar de un Dios sin defensa, o de un poder vulnerable. Se trata del poder del amor, un poder que no manifiesta su poder de forma destructora, como hacen los poderes de este mundo.

El mal no tiene ningún futuro. Termina destruyéndose a sí mismo: ésta era la profunda convicción de Jesús. Por eso, no pide al Padre ningún poder destructor: no pide legiones de ángeles que le protejan. Tampoco el crucificado devuelve mal por mal, ni insulto por insulto, ni profiere amenazas (1 P 2, 23), Todo esto no conduce a nada: hubiera sido ponerse al nivel del mal y en contradicción con el modo de ser de Dios.

Ahora bien, un poder vulnerable puede resultar un poder desarmante: sabemos por experiencia que quien se ofrece en su vulnerabilidad puede desarmar la maldad. El poder de Dios es el poder del amor, como aparece constantemente a lo largo de la vida de Jesús y, con todo su dramatismo, en la muerte de Jesús. Es este poder del amor el que le permite exclamar: Padre, perdónales porque no saben lo que hacen (Lc 23,34). Palabras que sólo pueden escucharse con un profundo respeto: Jesús no sólo perdona a sus enemigos, hace más: les justifica, les hace justos. Cuando los hombres rechazan al Hijo, Dios no los destruye gracias a la entrega con que Jesús asume su muerte. Así se comprende que la cruz, lejos de ser el precio que Dios exigía para rescatar a la humanidad, se convierte en redentora por el gran amor de Dios y del Hijo que, incluso cuando son rechazados, siguen amando a los hombres. Tal es el poder del amor. En este mundo resulta quizás incomprensible. Pero, para quienes creen en la palabra de Jesús, el amor es lo único que permanece, lo único que no pasa nunca (Cf. 1 Co 13, 8), lo único que tiene futuro.

3. SENTIDO DE LA CRUZ

La cruz, resultado de una vida

La cruz es el resultado de un amor radical en el que ya no tenían importancia considerar las consecuencias para la propia vida. Quien no pone límites a su compromiso en favor de los demás, pronto o tarde termina pagando con la vida.

La muerte de Jesús fue la lógica consecuencia de lo que fue su vida. Una vida de entrega, una vida en la que lo importante era el servicio al prójimo y no la seguridad propia: el hijo del hombre ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida (Mc 10,45). Jesús no buscó ni deseó su muerte. Pero tuvo que darse cuenta de que su predicación le enfrentaba con los poderes constituidos, al representar una crítica para ellos, y que eso podía conducirle a la muerte. Jesús afrontó esa posibilidad, porque lo importante era la fidelidad a su misión y no el precio que había que pagar por ello, pues el precio pasa, y lo que sostiene una vida capaz de pagar este precio (o sea, el amor) permanece incluso más allá de la muerte. La fidelidad de Jesús a su misión era tan incondicional que no estaba condicionada ni siquiera por la muerte.

En la entrega, Jesús no solamente daba vida, sino que también encontraba la vida: «*doy mi vida para recobrarla de nuevo*» (Jn 10, 17; Cf. Mc 8, 35). Esta profunda convicción fue la que le guiaba: el amor nunca es pérdida. De allí nace siempre la vida. Cuando uno se da, paradójicamente, las ganancias se multiplican: se consigue el ciento por uno. También así vivió Jesús su muerte. Éste es el momento en el que uno puede entregarlo todo con la esperanza de que la semilla enterrada da mucho fruto.

La cruz, resultado de un camino humano hasta el final

Jesús ha recorrido un camino humano hasta el final. Ha gustado toda la realidad de lo humano. Y la muerte es la llegada segura e infalible de todo lo humano. Pertenece al hombre como una propiedad de la que no puede deshacerse. Jesús también pasó por este doloroso trance. Y lo vivió como algo angustioso, como lo que el hombre no quiere, aunque tenga que enfrentarse con ello. Por eso rogó al Padre que le librase de aquel momento, ante el que sintió angustia hasta sudar sangre.

La muerte se presenta como algo angustioso para el hombre, porque allí se patentiza un doble dato que acompaña al hombre durante toda su vida: su impotencia y su soledad. La existencia del hombre es frágil, débil, no domina totalmente su vida, está condicionado por la naturaleza y por sus instintos. Y el hombre vive solo. El fondo de su ser es impenetrable, incluso para sí mismo. Ninguno puede comunicarse totalmente, ni nadie nos entiende a fondo. Esta soledad

e impotencia en la que vive el hombre es el anticipo de otra impotencia, la de no poder disponer en absoluto de uno, y de otra soledad, la de no poder comunicarse ni un ápice: se trata de la realidad de nuestra propia muerte.

Jesús también sintió la impotencia de la condición humana y tuvo que afrontar la muerte con toda su amargura. Y también allí se encontró solo, sin poder compartir con nadie este momento: sus discípulos le abandonaron. Pero esto no fue nada comparado con otra soledad mucho más terrible: la de sentirse abandonado de Dios. No podemos dulcificar esta realidad que el Nuevo Testamento afirma (Mc 15, 34; Mt 27, 46). Nadie se hubiera atrevido a inventarse una cosa así, tanto más cuanto que en el abandono de Jesús por Dios representa un serio problema teológico.

La muerte de Cristo, con todas sus consecuencias, no tuvo nada de apariencia. Los escritores de la antigüedad expresaron esta realidad diciendo que Cristo descendió a los infiernos. Los infiernos (en plural), para los antiguos, eran el lugar donde habitan los muertos. Afirmar que Cristo descendió a los infiernos es afirmar la realidad irrecusable de la muerte de Cristo: su desaparición de este mundo de los vivos. Jesús no se entregó a ningún juego en el que los resultados estaban previstos de antemano. Murió realmente, como muere cualquier hombre. No podemos desdramatizar la muerte de Jesús, pensando que él ya sabía la salida de la muerte.

La cruz, definitiva confianza en Dios.

Los antiguos, al afirmar el descenso de Cristo a los infiernos, ‘pensaban en algo más que en la muerte: veían en esta muerte un acto de liberación’⁹. Cristo desciende al lugar de los muertos para vencer a la muerte, librando a todos los muertos de las cadenas que los esclavizan y los atan. Decir que Cristo ha descendido a los infiernos significa que ha gustado esta noche terrible de la última soledad. Pero significa también que la ha atravesado.

En efecto. Jesús no vivió la muerte solamente como una pesadilla y como algo rechazable. También la vivió con esperanza. Con la esperanza más fuerte, que es la que se tiene contra toda esperanza. A él podrían aplicarse sin reserva estas palabras que Pablo dice de Abraham: «*Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones... No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor... Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido*» (Rm 4,18-22).

Se muere como se vive. Y en todos los gestos de la vida de Jesús aparece la huella de su esperanza y confianza en Dios. Gestos que conducen al fracaso cuando se valoran con criterios humanos: ¿qué futuro hay en la pobreza, en la mansedumbre y en la compasión? Pero el futuro que Jesús anuncia es el futuro de la vida. Y en todos sus gestos se descubre una opción por la vida, opción que se apoya en una total confianza en Dios. Esta confianza aparece, por ejemplo, en el relato de las tentaciones de Jesús. «*Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*», le propone el tentador. Jesús se encuentra ante un dilema: el tentador le propone que haga un gesto de poder, que siempre se presume algo muy eficaz, pero un gesto así resulta incoherente con el modo de ser de un Dios que no quiere imponerse por ser Amor¹⁰. Y Jesús escoge la fidelidad a Dios, con el riesgo de que su opción por la pobreza y el amor, contraria a la que propone el tentador, le conduzca al fracaso, a la cruz en definitiva.

⁹ Cf. Teología del Viernes Santo y del Sábado Santo según BALTHASAR.

¹⁰ «*El amor no se impone, se propone*», nos decía el Papa JUAN PABLO II en su última visita a España (3-4 de Mayo de 2003).

La confianza en Dios que sostuvo toda la vida de Jesús, se manifestó también y sobre todo en su muerte. En aquel momento dramático, sus adversarios le desafían a que ponga su confianza en el poder: «¡*Sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!*» (Mt 27, 40). Pero, una vez más, el apoyarse en el poder hubiera resultado inútil: ¿de verdad que el bajar de la cruz hubiera sido una demostración de filiación divina? ¿O acaso hubiera sido un gesto sorprendente, que siempre hubiera podido ser interpretado como una farsa? En todo caso, hubiera sido una actitud incoherente con el modo de ser de Dios, con el Amor que nunca se impone y respeta la libertad de los hombres. Pero si Jesús no confía en el poder, sí que confía en Dios, a pesar de todo. En el grito de Jesús en la cruz, tal como lo relatan Marcos y Mateo, hay un principio de esperanza: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Por una parte, estas palabras son el comienzo del salmo 22¹¹. Pero incluso prescindiendo de esta referencia al salmo 22, es importante notar que el grito de Jesús no se dirige al vacío. En su delirio, Jesús sigue apelando a su Dios: «Dios mío, Dios mío». El evangelista Lucas, al relatar la misma escena, prefiere subrayar directamente la esperanza de Jesús, y por eso pone en su boca las palabras de otro salmo: «*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*» (Lc 23, 46). Y Juan interpreta la muerte de Jesús como el momento de su glorificación: la cruz es un trono de gloria «*y cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí*» (Jn 12, 32). Alzado en la cruz, Jesús aparecerá a los ojos de todos como Salvador del mundo (Cf. Jn 19,37).

La cruz, apertura a la creatividad

El sentido último de la cruz es este: El que entrega su vida, ese la gana. La cruz desemboca en la resurrección: manifestación de una presencia oculta, pero real, de Dios en Jesús. La resurrección se encuentra implícita en el misterio de la cruz. Es la cara oculta de la cruz, no un correctivo de la cruz. Es la manifestación de lo que Jesús es antes y en su muerte. Y es la manifestación de la meta a la que conduce el camino de Jesús. La resurrección autentifica el camino de Jesús. Manifiesta el fracaso del mundo y que el camino de Jesús es el bueno, el único que conduce a la vida. Por eso, la resurrección no puede separarse del camino de Jesús, un camino que puede pasar por la cruz, pero que desemboca en la resurrección. La resurrección nos remite al camino de Jesús, a la vida de Jesús; en definitiva, al seguimiento de Cristo. Fe en la resurrección significa que hay un camino que tiene valor por sí mismo, y que este valor no puede impedirlo ningún poder ni destino de este mundo.

La resurrección es la más profunda dimensión de la cruz. No es algo exterior a la cruz, y menos aún algo en lugar de la cruz, una especie de premio o recompensa en lugar de lo padecido. Brota de una vida como la de Jesús. No es extraño, pues, que el Nuevo Testamento, identifique lo que nosotros tenemos tendencia a separar, a saber: cruz, resurrección y envío del Espíritu. La cruz es el momento de la glorificación del Hijo (de su entrada en la vida de Dios, colocándose «*a la derecha del Padre*»); por eso, cuando Jesús muere «*entrega el espíritu*» (Jn 19, 30).

La cruz, vivida como servicio y entrega, nos abre al misterio de la creatividad: «*quien quiera salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida por mí y el Evangelio, ése la salvará*» (Mc 8, 35). «*Yo entrego mi vida para poder recuperarla*» (Jn 10, 17). En el amor y el servicio se desvela la esperanza de los hombres. Así, en Cristo la muerte adquiere un nuevo sentido, pues en Él se manifiesta que la muerte no tiene la última palabra, por no ser lo más importante, ni lo decisivo. No es lo más importante: lo importante es una vida vivida en

¹¹ Para los antiguos, el comienzo de un salmo evocaba su continuación. Y el salmo 22 es un salmo de esperanza: el desgraciado que muere, se apoya en Dios, a pesar de todas las apariencias contrarias. No quiere decir el evangelista que Jesús pronunciara el texto del salmo. Pero sí podría querer decir que Jesús muere con los mismos sentimientos que se expresan en el salmo 22.

fidelidad a Dios. No es lo más decisivo: lo decisivo es el amor de Dios que es más fuerte que la muerte, y que se manifiesta incluso en la debilidad.

En el seguimiento de Cristo, el hombre ni se siente solo en la muerte ni la mira con desesperación. No se siente solo: allí, en el fondo del ser, allí donde nadie se parece a nadie, en ese lugar en el que ni siquiera nos comprendemos a nosotros mismos, allí ocurre lo inesperado: la presencia de Aquel que está más presente en nosotros de lo que lo estamos nosotros. También en la muerte, el hombre se encuentra con los caminos de Dios. El cristiano no está nunca solo. Siempre tiene a quién clamar. De esta forma puede superar el infierno de la muerte. O más exactamente: la muerte, que antes era un infierno, ya no lo es, porque el cristiano oye una voz que le susurra: «*Confía, yo he vencido al mundo*» (Jn 16, 33). En la muerte es posible encontrar la vida, cuando la muerte es el resultado de la entrega de la vida. Porque eso significa que el amor de Dios ha sido operante en esta vida.

Todo esto es posible porque Cristo ha abierto camino, descendiendo a los infiernos, atravesando las fuerzas del destino. Descender a los infiernos para vencerlos es mostrar que ningún destino pesa sobre el hombre hasta el punto de que Dios no pueda forzarlo. La esperanza cristiana es lo opuesto de la sumisión a un destino, y su fuente es el acto por el que Cristo ha afrontado y ha vencido al destino de la muerte.

Cristo vino para «*libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud*» (Hb 2, 15). Cuando uno sitúa el misterio de la muerte a la luz de la resurrección de Cristo, puede vivir con esperanza, pues la muerte ha perdido su aguijón, y entonces puede exclamar como san Pablo: «*Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor*» (Flp 2,21.23).

4. CONCLUSIONES PARA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ

Lo que solemos llamar «la cruz» o «las cruces» no es otra cosa que los sufrimientos y contradicciones de la vida. Cruz es lo que limita la vida (las cruces de la vida), lo que hace sufrir y dificulta el caminar a causa de la imperfección o la mala voluntad humana.

De suyo, las cruces no tienen ningún valor en sí. Son una experiencia humana negativa, de la que nadie se puede escapar. Pero con Jesús el sufrimiento humano ha encontrado sentido. No es que él nos haya enseñado a eliminar la cruz o le haya dado un valor a la cruz en sí misma, sino porque le ha dado un valor santificante liberador. Desde Jesús toda cruz puede encontrar un lugar en la construcción del Reino de Dios.

Gracias a Jesucristo, el hecho de la cruz puede ser tomado como una dimensión de la espiritualidad. Por eso su llamada a «*cargar la cruz*» (Mt 10,38) para poder seguirle: «*Quien no carga con su cruz y se viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío*» (Lc 14,27). Sólo siguiendo a Cristo, la cruz nos hace crecer en la vida según el Espíritu. Por eso podemos afirmar que no existe propiamente una espiritualidad de la cruz, sino una espiritualidad de seguimiento del Crucificado. La espiritualidad de la cruz no es meramente la aceptación de la tristeza, del dolor; no es pasividad y resignación. La cruz no se busca en sí misma; pero se la encuentra ciertamente en la medida en que seguimos a Jesús. Nuestras cruces no tienen sentido si no nos incorporamos por ellas a la cruz de Cristo. No todo sufrimiento es específicamente cristiano, sino el que nace del seguimiento de Jesús.

Por eso es de suma importancia entender cómo soportó Jesús la cruz.

El no buscó la cruz por la cruz. Buscó el espíritu que hace evitar que se produzca la cruz para uno mismo y para los demás. Predicó y vivió el amor. Quien ama y sirve no crea cruces para los demás con su egoísmo. El anunció la Buena Nueva de un Dios que es amor para todos,

especialmente para con los despreciados. Se comprometió por el Reinado de este Dios. Y el mundo se cerró a él; puso cruces en su camino y acabó alzándolo en el madero de la cruz. La cruz fue la consecuencia de un anuncio que cuestionaba y de una acción liberadora. El no huyó, no contemporizó, no dejó de anunciar y testimoniar, aunque eso le costase ser crucificado. Siguió amando a pesar del odio. Asumió la cruz en señal de fidelidad a Dios y a los hombres.

Según el ejemplo de Jesús, ¿en qué, cosiste, pues, la espiritualidad cristiana de la cruz?

a) En primer lugar se trata de comprometerse, siguiendo a Jesús, a fin de que se vaya construyendo un mundo en el que sea menos difícil el amar, la paz, la fraternidad, la apertura y la entrega a Dios.

b) Cargar con la cruz tal como lo hizo Jesús significa solidarizarse con los crucificados de este mundo: los crucificados, los desvalidos, los pobres...

c) La solidaridad con los crucificados de este mundo, en los que está presente Jesús, lleva consigo la necesidad de dar vuelta a lo que el estilo de vida opresor considera como bueno.

d) La cruz tiene una significación particular para los sufrientes, los oprimidos y sufridos.

e) No se puede cargar la cruz de Cristo si uno no se domina a sí mismo. «*El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga*» (Mt 16,24).

f) Sufrir y morir siguiendo de este modo al Crucificado es ya vivir. Al interior de esta muerte en cruz existe una vida que no puede ser aniquilada. Está oculta en la muerte. No es que venga después de la muerte, sino que está ya dentro de la vida de amor, de la solidaridad y de la valentía para soportar y morir.

Predicar hoy el seguimiento de Jesús en la cruz es anuncio de que se acerca la resurrección, la victoria que llegará por hacer cada vez más imposible el que unos hombres continúen crucificando a otros hombres. Es vivir a partir de una Vida que la cruz no puede ya crucificar. Lo único que la cruz puede hacer es convertirla en más victoriosa.

Predicar la cruz, pues, significa seguir a Jesús. Y seguir a Jesús es *per-seguir* su camino, *pro-seguir* su causa y *con-seguir* su victoria.

La cruz es fecunda. Su fecundidad es de vida, de amor y de salvación. La cruz no es algo muerto sino muy vivo porque el Crucificado, aunque ya cadáver, sigue colgando de ella; tiene una vida no visible, sino oculta, pero inmensamente activa. Estamos acostumbrados a las fecundidades visibles, las nacidas del poder, de la economía, de la política, del triunfo, de la competitividad; lo que se puede ver y contar es lo que interesa. Sin embargo la Pasión es el hontanar más abundante y sus aguas las más esenciales y fecundas.